

"Un labrador, estando ya para morir, hizo llamar delante de sí a sus hijos; a los cuales hablo desta suerte: "Pues se sirve Dios de que en esta dolencia tenga mi vida fin, quiero, hijos míos, revelaros lo que hasta ahora os he tenido encubierto, y es que tengo enterrado en la viña un tesoro de grandísimo valor. Es menester que pongays diligencia en cavarla, si querays hallarle", y sin declararles más partió desta vida. Los hijos, después de haber concluido con el entierro del padre, fueron á la viña, y por espacio de muchos días nunca entendieron sino en cavarla, quando en una, quando en otra parte, pero jamás hallaron lo que no había en ella: bien es verdad que por haberla cavado tanto, dió sin comparación más fruto aquel año que solía dar antes en muchos. Viendo entonces el hermano mayor cuánto se habían aprovechado, dixo á los otros: "Verdaderamente ahora entiendo por la esperiencia, hermanos, que el tesoro de la viña de nuestro padre es nuestro trabajo."

En esta vida la mejor herencia  
Es aplicar trabajo y diligencia" (1).

Las relaciones novelísticas de Sebastián Mey con las colecciones de la Edad Media no son tan fáciles de establecer como las que tiene con Esopo y Aviano. De D. Juan Manuel no parece haber imitado más que un cuento, el del molinero su hijo y el asno. Con *Calila y Dimna* tiene comunes dos: *El Amigo Desleal*, que es el apólogo "de los mures que comieron fierro" (2), y *El Mentiroso burlado*; pero ni uno ni otro proceden de la primitiva versión castellana derivada del árabe, ni del *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, traducido del *Directorium vitae humanae* de Juan de Capua, sino de alguna de las imitaciones italianas, probablemente de la de Firenzuola: *Discorsi degli animali*, de quien toma literalmente alguna frase (3). Por ser tan raro el texto de Mey le reproduzco aquí, para que se compare con el italiano, que puede consultarse fácilmente en ediciones modernas:

Fábula XXVIII. *El hombre verdadero y el mentiroso*:

"Ivan caminando dos compañeros, entrambos de una tierra y conocidos: el uno de ellos hombre amigo de verdad y sin doblez alguna, y el otro mentiroso y fingido. Acaeció, pues, que a un mismo tiempo viendo en el suelo un talegoncico, fueron entrambos a echarle mano, y hallaron que estaba lleno de doblones y de reales de á ocho. Quando estuvieron cerca de la ciudad donde bivian, dixo el hombre de bien: "Partamos este dinero para que pueda cada uno hazer de su parte lo que le diere gusto". El otro, que era bellaco,

(1) Fábula XXVI de Mey. Corresponde á la XVII del "Isopo de la traslación nueva de Remigio", en la del infante D. Enrique.

(2) *Calila é Dymna*, p. 33 en la edición de Gayangos (*Escritores en prosa anteriores al siglo XV*).

(3) Así en Firenzuola: "il buon uomo, o pur come dicemmo, lo sciocco". En Mey: "el hombre bueno, o si se sufre llamarle bovo".

También pudo consultar *La moral philosophia* del Doni (Venecia, 1552), que es una refundición del libro de Firenzuola.

le respondió: "Por ventura si nos vieses con tanto dinero, sería dar alguna sospecha, y aun quizá nos porníamos en peligro de que nos le robasen, porque no falta en la ciudad quien tiene cuenta con las bolsas ajenas. Pareceme que sería lo mejor tomar alguna pequeña quantia por agora, y enterrar lo demás en lugar secreto, y quando se nos ofreciere después haver menester dineros, vernemos entramos juntos a sacarlos, y con esto nos quitaremos por ahora de inconvenientes". El hombre bueno, o si se sufre llamarle bovo, pues no cayó en la malicia ni engaño del otro, pretendiendo que su intención era buena, facilmente vino en ello, y tomando entonces alguna cantidad cada uno dellos, enterraron lo demás á la raíz de un árbol que allí juntico estava, habiendo tenido mucha cuenta con que ninguno los mirase; y muy contentos y alegres se volvieron de allí á sus casas. Pero el engañoso compañero venido el siguiente día, puso en ejecución su pensamiento, y volviendo secretamente al sobredicho lugar, sin que persona del mundo tuviese aliento dello, quando el otro estava más descuydado, se llevó el talegoncico con todo el dinero á su casa. Pocos días después el buen hombre y simple con el bellaco y malicioso, le dixo: "Pareceme que ya será hora que saquemos de allí y repartamos aquellos dineros, porque yo he comprado una viña, y tengo de pagarla, y también he de acudir a otros menesteres que se me ofrecen". El otro le respondió: "Yo ando también en compra de una heredad, y havia salido con intento de buscarlos por esta ocasión". "No ha sido poca ventura toparnos (replicó el compañero), para poder luego ir juntos", como tenían concertado. "Que vamos en buen hora" (dixo el otro), y sin gastar más razones se pusieron en camino. Llegados al árbol donde le avian enterrado, por bien que cavaron alrededor, como no tuvo remedio de hallarle, no habiendo señal de dinero; el mal hombre que le havia robado, comenzó á hazer ademanes y gestos de loco, y grandes extremos y quejas diciendo: "No hay el día de hoy fe ni verdad en los hombres: el que pensays que os es mas amigo, esse os venderá mejor. De quién podremos fiar hoy en el mundo? ah traydor, vellaco, esto me teniades guardado? quién ha podido robar este dinero sino tu? ninguno havia que supiese del" Aquel simplezillo que tenia más razon de poderse quejar y de dolerse, por verse despedido en un punto de toda su esperanza, por el contrario se vio necesitado á dar satisfacción y disculparse, y con grandes juramentos protestava que no sabia en el robo arte ni parte, aunque le aprovechaba poco, porque mostrandose más indignado el otro y dando mayores bozes dezía: "No pienses que te saldras sin pagarlo: la justicia, la justicia lo ha de saber, y darte el castigo que merece tu maldad". Replicando el otro que estava inocente de semejante delito, se fueron gritando y riendo delante el juez, el qual tras haver los dos altercado en su presencia grande rato, preguntó si estava presente alguno quando escondian el dinero? Aquel tacaño, mostrando más confianza que si fuera un santo, al momento respondió: "Señor, sí, un testigo havia que no sabe mentir, el qual es el mismo árbol entre cuyas raíces el dinero estava enterrado. Este por voluntad de Dios dirá toda la verdad como ha pasado, para que se vea la falsedad deste hombre, y sea la justicia ensalzada". El

juez entonces (que quiera que lo moviese) ordenó de hallarse las partes en el dicho lugar el siguiente día, para determinar allí la causa, y así por un ministro les hizo mandato so graves penas, que hubiesen de comparecer y presentarse, dando primero, como lo hicieron, buena seguridad. Parecióle muy á su propósito esta deliberación del juez al malhechor, pretendiendo que cierto embuste que iba tramando, tenía por semejante vía efecto. Por donde volviéndose á su casa, y llamando á su padre, le dixo así: "Padre muy amado, un secreto quiero descubrir, que os he tenido hasta agora encubierto, por parecerme que así convenia hazerse... Haveys de saber que yo propio he robado el tesoro que demando á mi compañero por justicia, para poder sustentaros á vos y á mi familia con más comodidad. Dense á Dios las gracias y á mi buena industria, que ya está el negocio en punto que solo con ayudar vos un poquito, será sin réplica ninguna nuestro". Y contóles todo lo que havia pasado, y lo que havia provehido el juez, a lo qual añadió: "Lo que al presente os ruego, es que vays esta noche a esconderos en el hueco de aquel arbol; porque facilmente podreys entrar por la parte de arriba, y estar dentro muy á placer, sin que puedan veros, porque el arbol es grueso y lo tengo yo muy bien notado. Y quando el juez interrogare, disimulando entonces vos la boz que parezca de algun espiritu, respondereys de la manera que conviene". El mal viejo que havia criado á su hijo tal qual era él, se convencio de presto de sus razones, y sin temerse de peligro alguno, aquella noche se escondio dentro el arbol. Vino allí el juez el dia siguiente con los dos litigantes, y otros muchos que le acompañavan, y habiendo debatido buen rato sobre el negocio, al cabo preguntó en alta voz quién havia robado el tesoro. El ruin viejo, en tono extraordinario y con boz horrible, dixo que aquel buen hombre. Fue cosa esta que causó al juez y a los presentes increíble admiración, y estuvieron suspensos un rato sin hablar, al cabo del qual dixo el juez: "Bendito sea el Señor, que con milagro tan manifiesto ha querido mostrar quanta fuerça tiene la verdad. Para que desto quede perpetua memoria, como es razon, quiero de todo punto apurarlo. Porque me acuerdo que antiguamente havia Ninfas en los arboles, verdad sea que nunca yo havia dado credito á cosas semejantes, sino que lo tenia todo por patrañas y fabulas de poetas. Mas agora no sé qué dezirme, habiendo aqui en presencia de tantos testigos oido hablar á este arbol. En extremo me holgaria saber si es Nimfa o espiritu, y ver qué talle tiene, y si es de aquella hermosura encarecida por los poetas. Pues caso que fuese una cosa destas, poco mal podriamos nosotros hazerle por ninguna vía". Dicho esto mandó amontonar al pie del arbol leños secos que havia por allí hartos, y ponerles fuego. Quién podrá declarar cuál se paró el pobre viejo, quando comenzó el tronco á calentarse, y el humo a ahogarle? Sólo sé dezir que se puso entonces con bozes muy altas a gritar: "Misericordia, misericordia; que me abraso, que me ahogo, que me quemo". Lo qual visto por el juez, y que no havia sido el milagro por virtud Divina, ni por haber Nimfa en el arbol, haziendole sacar de allí medio ahogado, y castigandole a él y a su hijo, segun merecian, mandó que le truxessen allí todo el dinero,

y entregósele al buen hombre, que tan injustamente havian ellos infamado. Assi quedó premiada la verdad y la mentira castigada.

La verdad finalmente prevalece,  
Y la mentira con su autor perece".

Aunque el cuento en *Calila y Dimna* (1) no sea tan seco y esquemático como otros muchos, lo es bastante para que no lamentemos el aliño con que Firenzuola y Mey remediaron su aridez, haciendo correr por él la savia de un fácil y gracioso diálogo. Y no me parece que la versión del segundo, aunque inspirada por la del primero, sea inferior á ella, á pesar de la amena y exquisita elegancia del monje de Vallumbrosa.

Sebastián Mey, aun en los raros casos en que traduce fielmente algún original conocido, procura darle color local, introduciendo nombres españoles de personas y lugares. Tal acontece en el cuento 53, "La Prueba de bien

(1) *Del falso e del torpe.*

Dixo Calila: "Dos homes eran en una compañía, et el uno dellos era torpe, é el otro falso, é ficiéron aparceria en una mercaderia; et yendo por un camino fallaron una bolsa en que havia mil maravedis, é tomáronla, é ovieron por bien de le tornar á la cibdat. Et quanto fueron cerca de la cibdat, dixo el torpe al falso: "Toma la mitad destes dineros, et tomaré yo la otra mitad". Et dixo el falso, pensándose levar todos los maravedis: "Non fagamos así, que metiendo los amigos sus faziendas en manos de otro fazen más durar el amor entre ellos; mas tome cada uno de nos para gastar, é soterrremos los otros que fincaren en algun logar apartado, et quando hobiéremos menester dellos, tomarlos hemos". E acordóse el torpe en aquello, et soterraron los maravedis so un arbol muy grande, é fuéronse ende, é despues tornó el falso por los maravedis, é levólos; é quando fue dias, dixo el falso al torpe: "Vayamos por nuestros maravedis, que yo he menester que despienda". E fuéronse para el logar que los pusieron, é cavaron é non fallaron cosa; é comenzóse á mesar el falso et á ferir en sus pechos, et comenzó á dezir: "Non se fie home en ninguno desde aqui, nin se crea por él". E dixo al torpe: "Tú tornaste aqui et tomaste los maravedis". Et comenzó el torpe á jurar é confonderse que lo non feciera, é el falso diciendo: "Non sopo ninguno de los maravedis salvo yo et tú, é tú los tomaste". E sobre esto fuéronse para la cibdat, é para el alcáll, é el falso querellóse al alcáll cómo el torpe le havia tomado los maravedis, é dixo el alcáll: "¿Tú has testigos?" Dixo el torpe: "Sí, que fio por Dios que el arbol me será testigo, é me afirmará en lo que yo digo". E sobre esto mandó el alcáll que se diesen fiadores, et dixoles: "Venid vos para mí é iremos al arbol que decidis". E fuese el falso á su padre et fizogelo saber é contóle toda su fazienda, et díxole: "Yo no dixé al alcáll esto que te he contado, salvo por una cosa que pensé; si tú acordares conmigo, habremos ganado el haber". Dixo el padre: "¿Qué es?" Dixo el falso: "Yo busqué el mas hueco arbol que pude fallar, é quiero que te vayas esta noche allá é que te metas dentro aquel logar y donde puedas caber, et quando el alcáll fuere ende, é preguntare quién tomó los maravedis, responde tú dentro que el torpe los tomó".

Et non quedó de le rogar que lo fiziese fasta que gelo otorgó. Et fuese á meter en el arbol, é otro dia de mañana llegó el alcáll con ellos al arbol, é preguntóle por los maravedis, é respondió el padre del falso que estaba metido en el arbol, et dixo: "El torpe tomó los maravedis". E maravillóse de aquello el alcáll é cuantos ende estaban, é andudo alrededor del arbol, é non vió cosa en que dudase, é mandó meter y mucha leña é ponerla en derredor del arbol, é hizo poner fuego. E quando llegó el fumo al viejo, é le dió la calor, escomenzó de dar muy grandes voces é demandar acorro; et entonces sacáronle de dentro del arbol medio muerto, é el alcáll hizo su pesquisa é sopo toda la verdad, é mandó justiciar al padre é al fijo é tornar los maravedis al torpe; é así el falso perdió todos los maravedis, é su padre fué justiciado por cabsa de la mala cobdicia que ovo et por la arteria que hizo". (*Calila é Dymna*, ed. Gayangos, pp. 32-33).

Cf. *Johannis de Capua Directorium vitae humanae*... ed de Derenbourg, París, 1887, pp. 90-92.

Agnolo Firenzuola, *La prima veste de discorsi degli animali*, ed. Camerini, páginas 241-242.

querer", que es una paráfrasis amplificada de la facecia 116 de Poggio "De viro quae suae uxori mortuum se ostendit" (1). En el cuento latino la escena pasa en Montevarchio, y el protagonista es un cierto hortelano, "hortulanus quidam". Mey castellaniza la anécdota en estos graciosos términos:

"Anton Gonçalez Gallego era hombre que se bivia muy á placer en la villa de Torrejon; tenia una muñera de mediano talle, y de una condicionaça muy buena, de manera que aunque él era un poquito reñidor, ella siempre le abonava porque no le entrava á ella el enojo de los dientes adentro; y assi eran presto apaziguados. Acaeciò que bolviendo él un dia de labrar, hallò que la mujer havia ido al rio á lavar los paños, por donde se recostò sobre un poyo, esperando á que viniese, y como ella tardase, començo á divertir en pensamientos, y entre otros le acudiò en quanta paz bivia con su muger, y dezia en su imaginativa: "La causa está en ella, y en el amor que me tiene, "porque hartas ocasiones le doy yo con mi reñir, pero quiéreme tanto que "todo lo disimula con muy gran cordura a trueco de tenerme contento. Pues "si yo me muriese, qué haria ella? Creo que se moriria de tristeza. ¡O quién "se hallase alli para ver los extremos que haria, y las palabras lastimeras que "echaria de aquella su boca! pues en verdad que lo he de provar, y asegu- "rarme dello por la vista". Sintiendo en esto que la muger venia, se tendia en el suelo como un muerto. Ella entrò, y mirandole de cerca, y provando á levantarle, como él no hazia movimiento, y le vio sin resuello, creyò verdaderamente que era muerto, pero venia con hambre y no sabia resolverse en si comeria primero ó lloraria la muerte del marido. En fin, constreñida de la mucha gana que traia, determinò comer primero. Y poniendo sobre las brasas parte de un recuesto de tocino que tenia alli colgado, se le comió en dos palabras sin beber por no se detener tanto. Despues tomó un jarro, y començo á baxar la escalera, con intención de ir á la bodega por vino; mas he aqui donde llega de improviso una vezina á buscar lumbre. Ella que la sintio, dexa de presto el jarro, y como que huviese espirado entonces el marido, comiença á mover gran llanto y á lamentar su muerte. Todo el barrio acudiò á los gritos, hombres y mugeres; y espantados de muerte tan repentina (porque estava él tendido con los ojos cerrados, y sin resollar de manera que parecia verdaderamente muerto), consolavanla lo mejor que podian. Finalmente quando á él le parecio que se havia ya satisfecho de lo que tanto deseava ver, y que hubo tomado un poco de gusto con aquel alboroto; quando más la muger lamentava diciendo: "Ay marido mio dé mi coraçon, desdichado ha "sido el dia y la hora en que pierdo yo todo mi bien, pero yo soy la desdi- "chada, faltandome quien solia ser mi amparo; ya no terné quien se duela "de mí, y me consuele en mis trabajos y fatigas; qué haré yo sin vos agora, "desventurada de mí?" El entonces, abriendo supitamente los ojos, respon- diò: "Ay muger mia de mis entrañas, qué haveys de hazer? sino que pues "haveys comido, baxeys a beber a la bodega". Entonces todos los que es-

(1) *The Facetiae or jocose tales of Poggio...* París, 1879, I, 187.

tavan presentes, trocaron la tristeza en regocijo, dispararon en reir: y más despues quando el marido les contó el intento de la burla, y como le havia salido.

Tal se penso de veras ser amado,  
Y burlando quedó desengañado".

En las *Facecias* de Poggio se halla también (con el número 60 "De eo qui uxorem in flumine peremptam quaerebat") la sabida anécdota que Mey volvió á contar con el título de *La mujer ahogada y su marido* (fábula XVIII). Pero no es seguro que la tomase de allí siendo tantos los libros que la contienen. Aun sin salir de nuestra literatura, podía encontrarla en el Arcipreste de Talavera, en el *Sobremesa* de Timoneda y en otros varios autores. Tanto la versión de Timoneda, como la de Poggio, son secas y esquemáticas; no así la de Mey, que amplificando galanamente, según su costumbre, traslada el cuento "á la orilla de Henares" y con cuatro rasgos de vida española saca de la abstracción del apólogo las figurillas vivas de Marina Gil, "lavandera de los estudiantes y muy habil en su oficio"; del buen Pero Alonso, su marido, y de su compadre Anton Royz.

El mismo procedimiento usa en otros cuentos, que parecerían indígenas, por el sabor del terruño que tienen, si no supiésemos que son adaptaciones de otros italianos. Así el de "El Dotor y el Capitan" (fáb. X), que según ha descubierto el Sr. Milton A. Buchanan, es la misma historia de "Il capitano Piero da Nepi" y "M. Paolo dell'Ottanaio", inserta en el *Diporto de' viandanti* de Cristoforo Zabata (1), obrilla análoga, aun en el título, al *Alivio de Caminantes* de Timoneda; pero que no le sirvió de modelo, sino al revés, puesto que es posterior en bastantes años. Es, en cambio, anterior á Mey, y no puede dudarse de la imitación, aunque muy disimulada.

"Llegaron juntos á comer á una venta el Dotor Calderon, famoso en Medicina, y el Capitan Olmedo. Tuvieron á la mesa perdizes, y comian en un plato. Pero el Capitan en columbrando las pechugas y los mejores bocados, torciendo á su proposito la platica, y tomando lo mejor, dezia: "Con este "bocado me ahogue, señor Dotor, si no le digo verdad". Disimuló el Dotor dos ó tres veces, pero á la quarta, pareciendole algo pesada la burla, al tiempo que alargava el Capitan la mano, diciendo "con este bocado me ahogue", sin dexarle acabar de dezir, cogió con la una mano el plato y con la otra el bocado á que tirava el Capitan, diciendole: "No jure, señor Capitán, no "jure, que sin jurar le creo. Y si dé aqui adelante quisiere jurar, sea que le "derribe el primer arcabuzazo que los enemigos tiraren, porque es juramento

(1) *Diporto de' Vindanti, nel quale si leggono Facetie, Motti e Burle, raccolte da diversi e gravi autori. Pavia, Bartoli, 1589, 8.º*

Esta es la más antigua de las ediciones mencionadas por Gamba en su bibliografía novelística.

"más conveniente á un capitán y soldado viejo como vuesamerced". Desta manera le enseñó al Capitan á tener el término debido.

Alguna vez suele quedar burlado  
El que con otros es desvergonzado".

Un ejemplo de adaptación italiana mucho más directa, en algunos puntos casi literal y donde no se cambian ni el lugar de la escena ni el nombre de los personajes, tenemos en la fábula LV *El médico y su mujer*, cuya fuente inmediata, descubierta igualmente por el Sr. Buchanan, es la *novela 2.<sup>a</sup>* de la cuarta *jornada* de Sansovino (1), la cual á su vez procede de las *Cento novelle antiche* (núm. 46), y debe de ser de origen provenzal, puesto que parece encontrarse una alusión á ella en estos versos del trovador Pedro Cardenal:

Tals cuja aver filh de s' esposa  
Que no i á re plus que cel de Tolosa (2).

El cuento es algo libre y de picante sabor, pero precisamente por ser el único de su género en el *Fabulario*, creo que no debo omitirle, persuadido de que el donaire con que está contado le hará pasar sin ceño de los eruditos, únicos para quienes se imprimen libros como éste.

"Huvo en Tolosa un medico de mucha fama llamado Antonio de Gervas, hombre rico y poderoso en aquellos tiempos. Este deseando mucho tener hijos, casó con una sobrina del Gobernador de aquella ciudad (3), y celebradas las bodas con grande fiesta y aparato, segun convenia á personas de tanta honrra, se llevó la novia á su casa con mucho regocijo, y no pasaron dos meses que la señora su muger parió una hija. Visto esto por el Medico, no hizo sentimiento, ni mostró darse por ello pena; antes viendo á la muger afligida, la consolava, trabajando por persuadirle con muchos argumentos fundados en la ciencia de su arte, que aquella mochacha segun razon podia ser suya, y con amoroso semblante y buenas palabras hizo de manera que la muger se sosegó, honrrandola él mucho en todo el tiempo del parto y proveyendola en abundancia de todo quanto era necesario para su salud. Pero despues que la muger convalació, y se levantó de la cama, le dixo el Medico un día: "Señora, yo os he honrrado y servido desde que estays conmigo quanto me ha sido posible. Por amor de mí os suplico que os bolvays á casa de vuestro padre, y os esteys alli de aqui adelante, que yo miraré por vuestra hija y la haré criar con mucha honrra". Oido esto por la muger, quedó como fuera de sí; pero tomando esfuerço, començó á dolerse de su desventura, y á dezir que no era honesto, ni parecia bien que la echase de aquella manera fuera de casa. Mas no queriendo el Medico, por bien que ella hizo y dixo, mudar de parecer, vinieron á terminos las cosas que hubo de mezclarse el

(1) *Cento Novelle de' più nobili scrittori della lingua volgare scelte da Francesco Sansovino... Venezia, appresso Francesco Sansovino, 1561.*

Hállase también en las ediciones de 1562, 1563, 1566, 1571, 1598, 1603 y 1610.

(2) Ancona, *Le fonti del Novellino*, p. 319.

(3) En Sansovino no es el Gobernador sino el Arzobispo.

Gobernador entendiendo que el Medico en todo caso queria divorcio con la sobrina, y assi embió por él. Venido el Medico, y hecho el debido acatamiento, el gobernador (que era hombre de mucha autoridad) le habló largamente sobre el negocio, diciendole que en los casos que tocan a la honrra, conviene mirar mucho á los inconvenientes que se pueden seguir, y es menester que se tenga mucha cuenta con que no tenga que dezir la gente, porque la honrra es cosa muy delicada y la mancha que cae una vez sobre ella por maravilla despues hay remedio de poder quitarla. Tentó juntamente de amedrentarle con algunas amenazas. Pero quando hubo hablado á su plazer, le respondió el Medico: "Señor, yo me casé con vuestra sobrina creyendo que mi hacienda bastaria para sustentar á mi familia, y mi *presupuesto* era que cada año havia de tener un hijo no más, pero habiendo parido mi muger a cabo de dos meses, no estoy yo tan abastado, si cada dos meses ha de tener el suyo, que pueda criarlos, ni darles de comer; y para vos no seria honrra ninguna que viniese á pobreza vuestro linage. Y assi os pido por mercèd, que la deys á hombre que sea más rico que yo, para que pariendo tan amenudo, pueda criar y dexar ricos todos sus hijos, y a vos no os venga desonrra por ello". El Gobernador, que era discreto y sagaz, oyendo esto, quedó confuso, y replicóle que tenia razon en lo que dezia, y con esto le despidió.

La hazienda que entre pocos es riqueza,  
Repartida entre muchos es pobreza".

No en todos los casos parece tan obvio el origen literario del cuento, por ser muy vulgar la anécdota y no presentar en el texto de Mey ningún rasgo que arguya parentesco directo con otras versiones. Tal sucede con lo fábula LVI *El convidado acudido*, que figura, aunque con distintos accesorios, en el cuadernillo manuscrito de los *Cuentos de Garibay* y en la *Floresta Española* (1). Cotejando la versión de Mey que pongo á continuación con la de Santa Cruz, que va por nota, se palpará la diferencia entre el estilo conciso

(1) "En un gran banquete que hizo un señor á muchos caballeros, despues de haber servido muy diversos manjares, sacaron barbos enteros, y pusieron á un capitán de una Nao, que estaba al cabo de la mesa, un pez muy pequeño, y mientras que los otros comian de los grandes, tomó él el pececillo y púsole á la oreja. El señor que hacia el banquete, paróse mientes, y preguntóle la causa. Respondió: "Señor, mi padre tenia el mismo oficio que yo tengo, y por su desdicha y mía anegóse en el mar y no sabemos adónde, y desde entonces á todos los peces que veo, pregunto si saben de él. Díceme éste, que era chiquito, que no se acuerda".

(*Floresta Española... Sexta parte, Capítulo VIII, n. XII de "dichos de mesa", página 254 de la ed. de 1790.*)

Pequeñas variantes tiene el cuento de Garibay:

"Sirvieron á la mesa del Señor unos peces pequeños y al Señor grandes. Estaba á la mesa un fraile, y no hacia más que tomar de los peces chicos y ponellos al oido y echillos debajo de la mesa. El Señor miró en ello, y díjole: "Padre ¿huelen mal esos peces?" Respondió: "No, señor, sino que pasando mi padre un rio, se ahogó, y preguntábales si se habian hallado a la muerte de mi padre. Ellos me respondieron que eran pequeños, que no, que esos de V. S." que eran mayores, podría ser que se hubiesen hallado". Entendido por el Señor, dióle de los peces grandes, diciéndole: "Tome, y pregúntesle la muerte de su padre" (*Sales Españolas*, de Paz Melia, II, p. 52).

y agudo del toledano y la manera más pintoresca, verbosa y festiva del impresor de Valencia.

“Francisco Quintaño, vezino de Bilbao, combidó, según acostumbrava cada año, el día del Santo de su nombre, en el qual havia nacido, á algunos amigos. Los quales truxeron al combite á Luis Loçano, estudiante, hombre gracioso, bien entrañado, y que si le llamavan á un combite, no dezia de no, y por caer aquel año en Viernes el combite, hubo de ser de pescado. A lo qual proveyó el Quintaño en abundancia y muy bueno. Sentados á la mesa, dieron á cada uno su porcion de vesugos, congrios y otros pescados tales. Sólo á Loçano le dieron sardinas, y no sé qué pescadillos menudos, por ventura por no haver sido de los llamados, sino que le havian traído. Como él vio aquella menudencia en su plato, en lugar de comer como hazian los otros, tomava cada pescadillo, y llegavasele al oido, y bolviale despues al plato. Reparando en aquello los combidados, y preguntandole por qué hazia aquéllo? respondió: “Havrá seys años, que pasando un hermano mio á Flandes, y muriendo en el viaje, echaron su cuerpo en el mar; y nunca he podido saber dónde vino á parar, y si tuvo su cuerpo sepultura o no, y por eso se lo preguntava á estos pececillos, si por dicha lo sabian. Todos me responden en conformidad que no saben tal, porque en ese tiempo no havian ellos aun nacido: que se lo pregunte á esos otros pescados mayores que hay en la mesa, porque sin duda me daran relacion”. Los combidados lo echaron en risa, entendiendo la causa porque lo dezia; y Quintaño, echando á los moços la culpa que lo havrian hecho por descuydo, mandó traerle un plato de lo mejor que havia.

Si en un combite fueres encogido,  
Serás tambien sin duda mal servido”.

Otra anécdota mucho más conocida que la anterior es la de *El truhan y el asno*. En el estudio del Sr. Buchanan pueden verse útiles indicaciones bibliográficas sobre las transmigraciones de esta *facecia*, que se repite en el Esopo de Waldis, en el libro alemán *Til Enlenspiegel*, en los Cuentos de Buenaventura Des Periers y en otras muchas partes. Entre nosotros anda en la tradición oral, pero no conozco texto literario anterior al de Mey, que es muy donoso por cierto.

“Delante del Duque de Bayona tomava el ayo un dia lición á los pages, entre los quales havia uno de tan duro ingenio, que no podian entrarle las letras en la cabeça. De lo qual se quexava el ayo, diciendo que havia seys meses que le enseñava y no sabia aun deletrear. Hallandose un truhan presente dixo: “Pues á un asno enseñaré yo en seys meses á leer”. Oyendolo el Duque, le dixo: “Pues yo te apostaré que no lo enseñas ni en doze”. Porfiando él que sí, dixo el Duque: “Pues sabes cómo te va, que me has de dar en un año un asno que sepa leer, so pena que si no lo hazes, has de recibir quatrocientos açotes publicamente del verdugo, y si lo hazes y ganas, te haya yo de dar

“quatro mil ducados; por eso mira en lo que te has puesto por hablar”. Pese al truhan de haber hablado; pero en fin vista la deliberacion del Duque, procuró despavilar el ingenio, y ver si tenia remedio de librarse del castigo. Mercó primeramente un asnillo pequeño muy luzio y bien tratado, y pusole delante un librazo; mas por bien que le bramava á las orejas A. b. c. no havia remedio más que si lo dixera á una piedra, por donde viendo que esto era por demas, imaginó de hazer otra cosa. Puesto sobre una mesa el dicho libro delante del asno, echavale unos quantos granos de cevada sobre una de las hojas y otros tantos sobre la otra hoja siguiente, y sobre la tercera tambien. Despues de haverse comido el asno los granos de la hoja primera, tenia el truhan con la mano la hoja buen rato, y despues dexavale que con el hozico se bolviese; y a la otra hoja hazia lo mismo. Poco á poco habituó al asno á que sin echarle cevada hiziese tambien aquello. Y quando le tuvo bien impuesto (que fué antes del año) avisó al Duque cómo ya su asno sabia leer: que le señalase dia en que por sus ojos viese la prueba. Aunque lo tuvo el Duque por imposible, y que saldria con algun donayre, con todo eso le señaló dia, venido el qual, fue traído el asno á palacio, y en medio de una quadra muy entoldada, haviendo acudido muchisima gente, pusieron sobre una mesa un grandísimo libro: el qual començó el asno á cartear de la manera que havia acostumbrado, estando un rato de la una hoja á la otra mirando el libro. Y desta manera se entretuvo un grande rato. El Duque dixo entonces al truhan: “Cómo lee tu asno? tú has perdido”. “Antes he ganado (respondio el truhan) porque todo el mundo vee como lee. Y yo emprendí de enseñarle á leer solamente y no de hablar. Yo he cumplido ya con mi obligacion, y lo protesto así, requiriendo y llamando por testigos á todos los que estan presentes, para que me hagan fe de aquesto. Si hallare vuestra Excelencia quien le enseñe á hablar, entonces podrá oírle claramente leer, y si acaso huviere quien tal emprenda, seguramente puede ofrecerle vuestra Excelencia doze mil ducados, porque si sale con ello, los merecerá muy bien por su trabajo y habilidad”. A todos les pareció que dezia bien el truhan, y el mismo Duque teniendose por convencido, mandó darle los quatro mil ducados que le havian ofrecido.

Como tengas paciencia y perseveres,  
Saldras con cualquier cosa que emprendieres”.

Algunos cuentecillos de Mey, como otros de Timoneda, son explicación ó comentario de algún dicho proverbial. Esta frase, por ejemplo, *Parece á lo del raton que no sabe sino un agujero*, se comprueba con los dos ejemplos del pintor de retablos que no sabia hacer más efigie que la de San Antonio, y con ella, ó con dos del mismo Santo, pensaba satisfacer á quien le pedía la de San Cristóbal; y el del músico que no sabia cantar más letrilla que la de “La mañana de San Juan—al punto que alboreaba” (1).

(1) Fáb. XVI.

De ser cantor no tenga presuncion  
El que no sabe más de una cancion.